

En los magníficos jardines de César y en los antiguos jardines de Domicio y de Agripina se habían establecido los campamentos del pueblo, lo mismo que en el Campo de Marte, en los jardines de Pompeyo, de Salustio, de Mecenas, en los pórticos, en las suntuosas casas estivales y en los edificios construídos para guardar los animales.

Pavos, cisnes, avestruces, gacelas, antílopes africanos y otras bestias salvajes, ornamento precioso de aquellos jardines, eran víctimas de la avaricia humana. Las provisiones llegaban de Ostia con tal abundancia que podía atravesarse el río como por encima de un puente, pasando de un buque á otro. El grano se vendía al precio irrisorio, inaudito, de tres sextercios y se distribuía gratis entre los pobres. Seguían llegando también cargamentos de vino, de aceitunas y de castañas; de la montaña descendían diariamente manadas de bueyes y de ovejas. Muchos pobres que hasta el día del incendio habían vivido ignorados en los oscuros callejones de la Suburra, sufriendo hambre continua, se encontraron de pronto en condiciones en que jamás hubieran soñado hallarse. Se había conjurado el peligro, por el momento; pero cada vez era más difícil impedir el hurto, el asesinato y el robo. La vida nómada de aquellos días aseguraba á los ladrones la impunidad, tanto más cuanto que se declaraban entusiastas admiradores de César, acogiéndole con estruendosos aplausos dondequiera que se presentase. Además, la necesidad de las cosas había hecho abolir el orden y la ley, escaseaba el apoyo de los soldados y todo exceso tenía curso libre en aquella ciudad donde se reunía la hez de todas las partes del mundo. Por esto ocurrían hechos que superaban á cuanto podía forjar la imaginación humana.

Cada noche riñas y homicidios, cada noche se robaban mujeres y niños. En la *Porta Mugionis*, donde se había establecido una especie de mercado de las reses procedentes de la Campania, se luchaba con tal furia que centenares de personas encontraron allí la muerte. Todas las mañanas las orillas del Tíber estaban sembradas de cadáveres de ahogados, de los cuales nadie se cuidaba; pero como el calor era enorme por causa de la estación y del fuego, en seguida se descomponían llenando el aire de mefíticas exhalaciones.

Empezaron á propagarse las enfermedades en los campamentos y los más temerosos auguraban la inmediata presentación de la peste.

La ciudad seguía ardiendo. Sólo al sexto día, en que el fuego llegó al Esquilino, donde se habían derribado muchas casas para aislarlo, comenzó á disminuir su fuerza. Sin embargo, los montones de cenizas incandescentes difundían aún tanta claridad, que el pueblo no creía que estuviese muy próximo el fin de la catástrofe. Y en efecto, el fuego se declaró en las construcciones de Tigelino; pero como no había material combustible, pudo ser pronto sofocado. En muchas partes se de-

rumbaban casas incendiadas, lo que producía un resplandor de columnas ígneas y de irradiantes centellas.

No obstante, poco á poco, las ruinas incendiadas empezaron á ennegrecer. El cielo, después de la puesta del sol, no se enrojecía ya con sanguíneos reflejos, y sólo en la obscuridad de la noche se veían oscilar en el vacío azules llamaradas que producían los montones de cenizas, ardientes aún.

De los catorce distritos en que estaba dividida Roma, sólo quedaban cuatro, incluso el Trastevere. Todos los demás habían sido destruídos por el fuego. Cuando se apagó la última llama, desde el Tíber hasta el Esquilino no se veía más que una oscura y melancólica explanada, y sobre ésta hileras de caminos que parecían columnas erigidas en los cementerios. Allí se movía durante el día la gente ávida ó consternada, unos buscando los objetos preciosos, otros los restos de sus perdidos deudos. Los perros aullaban por la noche sobre aquel montón de ruinas, llamando á sus amos.

Todos los socorros distribuídos por César al pueblo no acallaban las censuras ni contenían las explosiones de ira. Únicamente la numerosa bandada de ladrones, asesinos y vagabundos que comían, bebían y robaban á sus anchas, se mostraba satisfecha. En cambio, los que habían visto perecer cuanto poseían y lloraban la pérdida de seres queridos no eran fácilmente conquistados con los atractivos de la apertura de los jardines, la distribución del pan y la promesa de juegos y regalos. ¡Era demasiado grande aquella catástrofe sin precedentes! Además, aquellos en cuyo pecho aún existía una chispa de amor á la patria no sabían contener su indignación al propalarse la noticia de que debía desaparecer para siempre el nombre de Roma, porque César intentaba construir sobre las ruinas de la gran ciudad otra nueva capital con el nombre de «Nerópolis.» Una corriente de odio avanzaba y aumentaba cada día, y á pesar de las adulaciones de los cortesanos y los engaños de Tigelino, Nerón, más sensible que sus predecesores al favor del público, pensaba con espanto que en la lucha obstinada, mortal, que habría de sostener con los patricios del Senado, podía faltarle quizás el apoyo necesario para vencer.

También los augustianos estaban tristemente impresionados, porque cada día que llegaba podía ser el de su perdición. Tigelino pensó en llamar algunas legiones del Asia Menor. Vatínio, que reía hasta cuando recibía golpes, perdió su buen humor, y Vitelio su célebre apetito.

Muchos se consultaron acerca del mejor modo de esquivar el peligro, porque todos sabían que, en el caso de que cayera César, ninguno de los cortesanos (quizás exceptuando únicamente á Petronio) lograría salvarse. A su influencia se atribuían las locuras y excesos de Nerón, á sus insinuaciones todos los crímenes que continuamente cometía.

Por esto se les odiaba más que al mismo emperador. Procuraban, por este motivo, disculparse de las acusaciones que se les dirigían, pero debía también aparecer clara la inocencia de su César; de lo contrario nadie hubiera creído que no habían sido ellos los autores de tan horrible calamidad. En aquella ocasión, Tigelino no se desdendió de recurrir á los consejos de Domicio Afro y de Séneca, aun cuando les odiase.

Popea, que comprendía que con el fin de César sonaría también su hora, invocó en seguida el auxilio de sus fieles y de los rabinos, pues hacía años que profesaba la fe de Jehová.

En cuanto á Nerón, parecía que se complacía en formar los proyectos más locos, más monstruosos y más irrealizables, ora temblando de angustia, ora lamentándose de su aciaga suerte.

Un día se celebró un largo, pero infructuoso consejo, en la casa de Tiberio, que el fuego había respetado. Petronio propuso, como el mejor partido que podía tomarse, el viaje de César a Grecia, y después pasar a Egipto y al Asia Menor. Se había acordado hacia tiempo aquel viaje, ¿a qué aplazarlo, puesto que Roma no ofrecía más que tristezas y peligros?

Nerón acogió con alegría el consejo; pero Séneca, después de reflexionar un rato, hizo esta objeción:

— Marcharse es fácil, pero el regreso habrá de ser un tanto difícil.

— ¡Por todos los dioses!, observó Petronio; se regresaría al frente de las legiones asiáticas.

— ¡Eso es lo que haré!, exclamó Nerón.

Pero Tigelino se opuso. A su imaginación no acudió una idea mejor, y si el proyecto de Petronio hubiese sido suyo, seguramente no hubiera vacilado en declararlo el único posible; pero se trataba de no permitir al *arbiter elegantiarum* que apareciese por segunda vez como salvador de la situación.

— ¡Escúchame, oh divino!, se apresuró a declarar; ese consejo no es prudente. Antes que llegues a Ostia estallará la guerra civil. ¡Quién sabe si saldrá algún descendiente de Augusto a imponerse como César! ¿Y qué haremos nosotros, si las legiones se ponen de su parte?

— Será preciso ver, dijo Nerón, si existe algún descendiente de Augusto. No creo que existan muchos, y además, fácil nos será librarnos de ellos.

— Está bien, pero ¿son acaso ellos solos los peligrosos? Ayer mismo uno de mis criados oyó decir que Tráseas podría ser nombrado César.

Nerón se mordió los labios de ira. Después, levantando los ojos, exclamó:

— ¡Insaciables é ingratos! ¡Tienen una infinidad de grano y de carbón para cocer sus hogazas! ¿Qué más quieren?

— ¡Venganza!, contestó Tigelino.

Largo silencio siguió a esta palabra. César se levantó de pronto, extendió los brazos y declamó con énfasis:

— ¡Venganza claman los corazones, y la venganza quiere una víctima!

Y olvidando toda otra cosa, continuó, con el rostro radiante de alegría:

— ¡Dadme una tabla y el estilo para escribir este verso! Lucano no los ha hecho nunca iguales. ¿Habéis observado cómo me ha salido espontáneamente de los labios?

— ¡Eres, en verdad, insuperable!, exclamaron varios cortesanos a un tiempo.

Y echando una mirada a todos los cortesanos, dijo:

— ¿No podría correrse la voz de que ha sido Vatinio el que ha ordenado el incendio de la ciudad, y abandonarlo al furor del pueblo?

— ¡Oh divino! Pero ¿quién soy yo?.., preguntó Vatinio.

— ¡Es verdad! Se necesita una personalidad más conocida. ¿Tal vez Vitelio?..

Éste palideció y se echó a reír.

— Con esto quiere decirse, respondió, que mi grasa podría alimentar de nuevo el incendio.

Pero Nerón maquinaba algo más sensacional; su espíritu se afanaba por encontrar el hombre más indicado para satisfacer la ira del pueblo, y por fin logró dar con él.

— ¡Tigelino!, dijo después de breve pausa. ¡Tú fuiste el incendiario de Roma!

Los cortesanos sintieron escalofríos. Comprendían que el emperador no dudaba y que había llegado un momento decisivo.

La cara de Tigelino parecía la de un perro, pronto a morder.

— ¡Yo incendié Roma por orden tuya!, dijo.

Los dos se miraron como dos demonios enfurecidos.

Siguió un silencio tan profundo, que se podía oír volar una mosca.

— Tigelino, preguntó Nerón, ¿me amas?

— ¡Bien lo sabes, señor!

— Si así es, sacrificate por mí.

— ¡Oh divino César!, respondió Tigelino, ¿por qué me muestras el cáliz embriagador, si no me permites que acerque los labios? El pueblo murmura y se subleva; ¿quieres que con él se rebelen también los pretorianos?

Todos los presentes experimentaron una sensación de terror. Tigelino era prefecto de los pretorianos, y sus palabras significaban claramente una amenaza. Nerón lo comprendió y se puso pálido.

En aquel instante se presentó Epafrodita, liberto de César, anunciando que la divina Augusta preguntaba por Tigelino, porque estaban con ella algunas personas que querían hablar con el prefecto. Tigelino hizo una profunda reverencia a Nerón y salió, con expresión de indiferencia y desprecio. Puesto que se intentaba culparle, había creído oportuno enseñar los dientes y hacer entender a los demás quién era él. Conociendo la pusilanimidad de Nerón, estaba seguro de que en adelante la mano del dominador del mundo no se atrevería a levantarse amenazadora contra él. Nerón se sentó silencioso; después, notando que todos esperaban su respuesta, dijo:

— ¡He alimentado una serpiente en mi seno!

Petronio hizo un movimiento de espaldas, como para significar que no debía ser muy difícil aplastar la cabeza a semejante reptil.

— ¿Qué quieres decir con eso?, exclamó Nerón. ¡Habla! ¡Aconséjame! ¡Sólo en tí tengo confianza, porque tú tienes más talento que los otros y además me quieres!

Petronio estuvo a punto de decirle: «Hazme prefecto de los pretorianos, y abandonaré a Tigelino en poder del pueblo y devolveré la calma a la ciudad en un solo día.»

Pero su innata indolencia consiguió la acostumbrada victoria. Ser nombrado prefecto significaba cargar sobre las espaldas al mismo César y una infinidad de molestias inherentes al cargo. ¿Y por qué tomarse ese trabajo? ¿No era más agradable leer las obras maestras de su riquísima biblioteca, admirar los artísticos vasos, las hermosas estatuas, sentir sobre el pecho el dulce peso de la encantadora cabeza de Eunica, acariciar su dorada cabellera y besar su deliciosa boca purpúrina? Por esto repitió sencillamente:

— Yo te aconsejo el viaje a la Acaya.

— ¡Ah!, suspiró Nerón. Esperaba algo mejor de tu sagacidad. El Senado me odia. ¿Quién me asegura que no se sublevará en cuanto yo me aleje de Roma y que no nombrará otro César? El pueblo, que hasta ahora me ha sido fiel, seguirá luego al Senado. ¡Por Júpiter! ¿Por qué no tendrán una misma cabeza el Senado y el pueblo?

— Permíteme una palabra, ¡oh divino! Si deseas salvar a Roma, debes también salvar a todos los romanos, observó Petronio.

— ¿Y qué me importa de los romanos y de Roma?, gritó Nerón. En Grecia al menos me obedecerán. Aquí sólo me rodea la traición; todos me abandonan y vosotros mismos estáis dispuestos a venderme. ¡Lo sé, lo sé! ¡No pensáis en lo que dirán las futuras generaciones, si abandonáis a un artista como yo!

Se oprimió la frente y exclamó:

— ¡Es verdad! Con estos pensamientos yo mismo olvido quién soy.

Dirigiéndose á Petronio, con los ojos relucientes, le dijo:

— El pueblo está inquieto. ¿No crees que podría calmarlo y conmovirlo, como Orfeo hacía con las fieras, si con mi cítara le cantase la misma canción que os dí á conocer durante el incendio?

Tulio Senecio, que ardía en deseos de volver al lado de las esclavas que había traído de Anzio, respondió:

— ¡Seguramente, César, siempre que te dejen empezar!

— ¡Vámonos, pues, á Grecia!, terminó Nerón muy excitado.

De pronto comparecieron Popea y Tigelino. Todas las miradas se dirigieron á él involuntariamente, puesto que jamás triunfador alguno había subido las gradas del Capitolio con más orgullo que el que ostentaba Tigelino al comparecer ante César. Empezó á hablar lentamente, pero con cierta expresión de alegría maliciosa mal reprimida.

— ¡Oyeme, César, dijo; he encontrado la solución! El pueblo pide venganza, pero no necesita ya una víctima, sino millares... ¡Y las tenemos! ¿Has oído alguna vez hablar de Cristo, de aquel que fué crucificado bajo el gobierno de Poncio Pilato? ¿Sabes quiénes son los cristianos? ¿No te dí conocimiento de sus delitos, de sus ignominiosas solemnidades y de sus profecías en lo que se refieren al fin del mundo por medio del fuego? El pueblo los odia y los mira sospechosamente. Nadie les vió jamás en un templo, porque consideran á nuestros dioses como espíritus malignos; nunca tomaron parte en nuestras diversiones, porque desprecian las carreras de caballos. Nunca una mano de cristiano se movió para aplaudirte, ni uno de ellos te reconoció como divino. Son los verdaderos enemigos del género humano, enemigos de la ciudad y de su César. El pueblo está ahora excitado contra ti; pero no fuiste tú quien me ordenaste incendiar Roma, ni fuí yo quien pegó fuego á la ciudad. El pueblo pide venganza: dale, pues, esta satisfacción. Quiere sangre y espectáculos: ¡concédéselos! El pueblo se atreve á sospechar de ti; ¡haz que sus sospechas cambien de dirección!

Nerón al principio escuchó atónito; á medida que Tigelino hablaba, su rostro de comediante expresaba, según el caso, la cólera, la duda, la simpatía ó el desdén. De pronto se levantó, dejó caer la toga á sus pies, alzó las manos y permaneció en esta postura algunos instantes. Por último, exclamó en tono trágico:

— ¡Oh Júpiter, Apolo, Diana y todos vosotros, oh dioses! ¿Por qué no bajasteis á socorrernos? ¿Qué daño les hizo esta pobre ciudad á esos desgraciados, para que se portasen con ella tan inhumanamente?

— ¡Son enemigos de la autoridad y enemigos tuyos!, dijo Popea.

— ¡Haz justicia!, exclamaron los demás.

— ¡Castiga á los incendiarios! ¡Los mismos dioses claman venganza!

Nerón volvió á sentarse, dejó caer la cabeza sobre el pecho y calló de nuevo, como oprimido por la enormidad de cuanto había oído. Agitando nerviosamente las manos, preguntó:

— ¿Pero qué penas, qué suplicios corresponden á semejantes delitos? Los dioses me inspirarán, y con auxilio de las potencias del Tártaro daré á mi pobre pueblo un espectáculo del que guardarán memoria á través de los siglos las futuras generaciones.

El rostro de Petronio se oscureció. Pensó en seguida en el peligro que amenazaba á Licia y á Vinicio, á quien amaba tiernamente, y á toda aquella gente cuya fe despreciaba, pero á la cual se calumniaba sin piedad en su inocencia. Además, comprendió que se preparaba una de aquellas orgías de sangre que no podían menos de alterar su sentimiento estético. Pero estas ideas debían ceder el puesto á



El pueblo murmura y se subleva; ¿quieres que con él se rebelen también los pretorianos?

una sola: «He de salvar inmediatamente á Vinicio, que enloquecería en el acto si viese perecer á la mujer amada.» Y á esta preocupación pospuso todas las demás, aunque sabía que con esto iba á jugar una carta muy peligrosa. Y se puso á hablar con la mayor sangre fría, como si tratase de proyectos de César y sus secuaces, que, sometidos á su crítica, consideraba antiestéticos.

— Habéis encontrado las víctimas, es verdad. Sois muy dueños de mandarlas al Anfiteatro ó condenarlas á otros suplicios; pero antes oídme: vosotros tenéis la autoridad, los pretorianos la fuerza, por lo cual sed á lo menos sinceros, ya que nadie os escucha. ¡Engañad al pueblo, pero no os engaños á vosotros mismos! ¡Esto sería demasiado! ¡Entregad los cristianos á la plebe, condenadlos á todos los tormentos que se os antojen, pero tened al menos el valor de decirlos á vosotros mismos que no fueron ellos los que incendiaron Roma. Me llamáis *arbiter elegantiarum*: por lo mismo declaro que no puedo soportar las comedias ridículas y triviales. Todo esto me recuerda demasiado aquellos teatruchos de la Puerta Asinaria, donde los actores hacen de dioses y de emperadores para divertir á la plebe de la Suburra, y terminada la representación lavan con vinagre las manchas de grasa ó reciben azotes. ¡Sed dioses y emperadores de verdad! Estoy segurísimo de que podéis serlo. Cuanto á ti, César, debo decirte que hablaste del juicio de las futuras generaciones; pero ¿no piensas que ese juicio puede ser muy lisonjero respecto de ti? ¡Por la divina Clío! Nerón, el dominador del mundo; Nerón, un dios, incendió Roma, porque era tan poderoso en la tierra como Júpiter en el Olimpo; Nerón, el poeta, amaba tanto la poesía, que por ella sacrificó á su patria: desde que el mundo es mundo, jamás hizo un mortal cosa parecida. Te conjuro, en nombre de todas las divinidades más hermosas, á que no renuncies á tanta gloria, si quieres ser celebrado hasta el fin de los siglos. ¿Qué parecerá Priamo á tu lado? ¿Qué Agamenón, qué Aquiles y hasta todos los dioses? No es necesario que se diga que el incendio de Roma fué una buena obra; pero lo cierto es que fué una obra colosal, inaudita. Además, te aseguro que tu pueblo no hará nada contra ti. ¡Quien diga lo contrario, miente! ¡Ten valor! ¡Guárdate de acciones indignas, porque podría suceder que los siglos venideros dijese: «Nerón incendió Roma; pero, César temeroso y temeroso poeta, quiso negar el hecho grandioso y atribuyó la culpa á los inocentes!»

Las palabras del *arbiter* produjeron, como siempre, profunda impresión en el ánimo del emperador; pero Petronio no intentaba eludirse; sabía que cuanto había dicho era un recurso extremo que podía tener el feliz resultado de salvar á los cristianos, pero con la probabilidad de perder él. No había titubeado antes de decidirse, porque se trataba de Vinicio, á quien amaba, y porque el juego de azar tenía para él singulares atractivos.

«El dado está echado, se dijo entre sí, y ahora veremos si puede más en ese momento el temor por la existencia ó el amor á la celebridad.»

En el fondo de su alma no dudaba de que la balanza se inclinaría del lado del temor. A sus palabras siguió un largo silencio.

Popea y todos los demás cortesanos se fijaban en los ojos de César para estudiar su expresión. Como hacía siempre que se encontraba en un apuro, levantó los labios hasta la altura de la nariz con un gesto nervioso; por último su fisonomía reflejó la más viva contrariedad é inquietud.

— ¡Señor!, exclamó Tigelino, adivinando los sentimientos de Nerón; permíteme que me vaya. Mis oídos se niegan á oír y se rebelan cuando se te llama César temeroso y temeroso poeta, incendiario y comediante, y se te quiere exponer á una muerte segura.

«¡He perdido!» pensó Petronio. Luego, volviéndose á Tigelino, lo midió con

una ojeada en la que se reflejaba todo el desprecio que puede inspirar un asesino á un patricio de gustos refinados.

— Tigelino, dijo, sólo á ti trataba de llamarte comediante..., y en efecto, ahora mismo estás representando.

— ¿Tal vez porque tus insultos me indignan?

— Porque finges un amor ilimitado hacia tu César, cuando pocos momentos antes le amenazabas, confiado en los pretorianos. ¡Todos te comprendemos!

Tigelino, que consideraba á Petronio incapaz de usar con él tanta audacia, se puso pálido y enmudeció. Pero esta fué la última victoria que el *arbiter* debía obtener sobre su rival, porque Popea se apresuró á decir:

— ¡Señor!, ¿cómo es posible que semejante idea cruce por mente humana y que haya quien se atreva á exponerla en tu presencia?

— ¡Castiga al culpable!, exclamó Vitelio.

Nerón levantó otra vez los labios, dirigió á Petronio su mirada de miope, y dijo:

— ¿Esta es la recompensa por la amistad que siempre te he demostrado?

— Si estoy en un error, pruébame; pero has de saber que te he hablado con verdadero afecto.

— ¡Castígale!, exclamó un buen número de voces.

Se produjo en el atrio un murmullo, un movimiento, porque todos se apresuraban á separarse del lado de Petronio. Hasta Tulio Senecio, su compañero más fiel entre los cortesanos, hasta el joven Nerva, que siempre fué su amigo, hicieron alarde de su adhesión al emperador.

En pocos minutos Petronio se halló solo, al lado izquierdo del atrio, sonriendo. Se arregló después los pliegues de la toga y se puso á escuchar las palabras de César.

— ¿Queréis que le castigue?, dijo Nerón. ¡Oh, no! Es mi amigo, mi compañero; me ha herido en lo más profundo del corazón, pero quiero demostrarle que sé perdonar á los amigos.

«¿Nerón me perdona? ¡Soy perdido!, pensó Petronio. Mi fin está próximo.»

El emperador se levantó y dióse por terminado el consejo.